

LOS CAMBIOS DE SIRIA Y LA INQUIETUD ARABE

Cuando en el número 58 de esta *Revista de Política Internacional* se resumían las consecuencias iniciales de la separación entre Siria y Egipto, se hizo constar que su principal significado era el de alterar el difícil sistema de los equilibrios que se habían establecido en el Próximo Oriente. La evolución posterior entre enero y abril del corriente año ha ido acentuando el papel de Siria como centro y epicentro de las convulsiones políticas y las fuerzas de presión en aquel mismo Oriente. Los golpes y contragolpes de Estado dados en Damasco y sus ciudades anejas se efectuaron al mismo tiempo que la Liga Árabe iniciaba una revisión parcial; a la vez que los problemas de la expansión de Israel se hacían más agudos, y en los mismos días en que el arabismo norteafricano iniciaba un nuevo rumbo después del alto el fuego en Argelia. Así, los cambios sirios más recientes no sólo han tenido gran interés local, sino que han servido para tomar el pulso al estado vital de los demás países contiguos o de las vinculaciones arábigas alejadas.

El 1962 comenzó en Damasco con una serie de apresuradas actividades del Gobierno que Maaruf Dawalibi había formado desde el 23 de diciembre. A su vez, este nuevo Gabinete era consecuencia del referéndum y las elecciones que al comenzar el mismo mes se hicieron simultáneamente para restablecer un régimen constitucional. El referéndum y las elecciones fueron un éxito para los partidos llamados «moderados», los cuales obtuvieron una mayoría del 73 por 100. Después se formó el nuevo Parlamento bajo presidencia de Mamun Kuzbari, y se eligió a Nazem el Qudsi como presidente de la República. Todos ellos con significados «moderados» parecidos a los de Dawalibi. Eso quería decir que (por motivos principalmente económico-sociales) habían compartido con los jefes de la junta militar damasquina la convicción y el deseo de separarse de Egipto, pero no estaban conformes con que se implantase ningún sistema de carácter dictatorial. Todos los «moderados» representaban esencialmente la opinión de las clases medias y los artesanos. En gran parte eran la expresión de lo que en el antiguo

mundo musulmán se llamaba «el bazar»; es decir, la pequeña burguesía urbana.

La misma estructura de los dirigentes del nuevo parlamento y el nuevo Ministerio sirios, hizo que consagrasen sus mayores esfuerzos a volver parcialmente hacia el liberalismo industrial y comercial. Así, la Asamblea Nacional votó entre enero y febrero una serie de disposiciones para abolir las leyes de nacionalización de bancos, fábricas, etc., que se habían implantado en tiempos de la República Árabe Unida. A la vez se intentó devolver a Damasco y Alepo el papel de puertas abiertas para el comercio internacional del Oriente. Esto repercutía sobre la política internacional, que exigía buscar para Siria sectores también abiertos en las fronteras. Como con Turquía conserva Siria pleitos fronterizos, y con Jordania hay recelos respecto a su rey Husain, el mejor sector de una mejora rápida parecía ser el del Iraq. Tanto el jefe del Estado, Qudsi, como el del Gobierno, Dawalibi, se empeñaron en buscar salidas por el lado de Bagdad. El 14 y 15 de marzo se entrevistaron en un punto fronterizo Nazin el Qudsi y el general Kassem; decidiendo establecer entre Iraq y Siria tanto un pacto militar de defensa (sobre todo ante Israel) como un Consejo Económico y otro Consejo de unificación cultural. Después se habló también de la urgencia de enlazar los ferrocarriles sirio-iraquianos, de tal modo que el puerto sirio de Latakiah llegase a convertirse en una especie de salida directa del Iraq hacia el Mediterráneo y el Sur de Europa.

Tanto por el carácter socialdemócrata de los nacionalismos prevaecientes en Damasco y Bagdad, como por varias oscuras pugnas de opuestos intereses petrolíferos, el acuerdo de Qudsi y Kassem provocó efectos contrarios en los reinos árabes próximos. Así, desde Beyrut los sectores libaneses de información independientes señalaron la evidencia de unas influencias muy personales y persuasivas ejercidas desde Arabia Saudita sobre ciertos jefes militares de la capital damasquina. En todo caso el llamado «segundo golpe de Estado sirio» (es decir el del 28 de marzo) fué en gran parte antinacional, y opuesto a las promesas de nueva legalidad civil hechas cuando el país se separó de la R. A. U.

El golpe de Estado del 28 de marzo tomó la forma de una incautación del Parlamento y los ministerios por las tropas que obedecían al general Abdelkrim Zahreddin. El presidente de la República, Nacim el Qudsi, fué depuesto, aunque un comunicado dijo que se había retirado «por razones de salud». A la vez se proclamó la ley marcial y se anunció que el Mando militar del general Zahreddin trataría «con puño de hierro» a todos quienes

se manifestasen disconformes. También se acusaba de inepto al depuesto jefe del Gobierno, Dawalibi; y de «haberse apartado de los objetivos de la revolución de septiembre...». En realidad, los objetivos políticos de los golpes, los cambios bruscos y las acusaciones mutuas, no se debían a pugnas de ideales o de doctrinas, sino a choques de intereses personales a veces oscuros y difíciles de averiguar.

El otro golpe o contragolpe frustrado, que los jefes militares de Alepo intentaron el 2 de abril, fué un intento de volver a una conexión con Egipto; y se vió también favorecido por haber huído a la capital regional del Norte sirio muchos de los parlamentarios «moderados» que estaban disgustados por la deposición de Nazim el Qudsi. Los autores del frustrado intento de Alepo fueron un grupo de titulados «oficiales libres», pero en seguida recibieron el apoyo popular. Poco después otro grupo de oficiales locales de las tropas que defienden las fronteras con Israel, expresó el deseo de dejar también oír su opinión. Todo hacía temer el comienzo de una encarnizada guerra civil, cuando después de una conferencia general de los jefes militares damasquinos con El Qudsi se anunció que éste volvería a ocupar su puesto de jefe de Estado. A la vez, El Qudsi aceptaba que el general Zahreddin siguiese al frente de las fuerzas armadas, pero a condición de que se marchasen exilados los siete miembros de la Junta Militar que fueron promotores del golpe de 28 de marzo. Y como después del intento de contragolpe en Alepo, hubo allí, en Homs, en Deir-ez-Zor y otras poblaciones, manifestaciones de muchedumbres callejeras que pedían volver a la unión sirio-egipcia, Zahreddin y sus colaboradores tuvieron que prometer negociar con El Cairo sobre la base de un compromiso de nueva coordinación. Así lo anunciaron en un solemne comunicado divulgado el 3 de abril.

Desde el día 7 pudo decirse que en Siria todo había quedado quieto y tranquilo. Sin embargo, el toque de queda sólo fué levantado el 14; a la vez que volvía a abrirse el paso sobre la frontera libanesa (es decir, sobre el principal acceso del tráfico exterior en general). El día antes, Nazim el Qudsi había vuelto a recuperar sus atribuciones presidenciales, y confió la formación de un nuevo Gobierno al Dr. Bachir Ahmed (que había sido ministro de Sanidad de la República Árabe Unida). El Gobierno del Dr. Bachir Ahmed comenzó a funcionar desde el martes, 17, con carácter de Gabinete de transición compuesto por técnicos jóvenes y de escasos antecedentes políticos.

El posterior desenvolvimiento de la situación interna ha parecido seguir una trayectoria de calma; aunque algunos de los diplomáticos y enviados

de prensa que van y vienen entre Damasco y Beirut hayan dicho que era como la calma de las aguas estancadas en una marisma. Por lo pronto, el Gobierno del Dr. Bachir Ahmed funcionaba tranquilamente, ocupado en la tarea de preparar la celebración de otras «elecciones libres». Y sigue considerándose como una garantía de nueva normalidad la consolidación de Nazim el Qudsi, como representante de la «vieja guardia» del nacionalismo más tradicional.

En cambio, desde fronteras afuera, la opinión pública del resto del Oriente Medio sigue la evolución siríaca no sólo con atención, sino con cierto fondo de inquietud persistente. No se olvida que, ya desde los tiempos del mandato francés, en Siria estaba la mayor y más inestable encrucijada política del Oriente árabe; pues a Damasco confluyen y desde Damasco se redistribuyen todas las presiones y las sacudidas de los países de alrededor. En la inquietud, la mayor parte de los factores pesimistas consisten en el papel preponderante de los jefes militares actuales. Esto no es porque se desconfíe de las intenciones y de las cualidades, tanto como porque la politización excesiva ha alejado al Ejército de sus funciones peculiares, que son las militares de defensa nacional. Esto se nota en la endeblez del frente de vigilancia de la frontera de Palestina. Además se ha señalado el antecedente de que desde el primer golpe de Estado sirio de 1949 (es decir, el del coronel Husni Zaim) casi tres mil jefes y oficiales de todos los grados y de las tres armas han ido siendo sucesivamente detenidos, expulsados, pasados a la reserva forzosa o incorporados a puestos diplomáticos. Así se han perdido muchos cuadros útiles.

Los mayores factores optimistas en las esperanzas exteriores son los de la vuelta a la convicción de la necesidad de contar con la R. A. U. y a tener muy en cuenta el papel de primer protagonista que en lo árabe general no ha dejado de desempeñar su presidente Nasser. Dentro de la misma Siria, la más importante declaración directa de la nueva situación política fué el texto inicial de Nazim el Qudsi al recuperar el puesto y las funciones de presidente de la república siríaca. Hablando a través de Radio Damasco dijo El Qudsi que la principal tarea suya y del Gobierno provisional será actuar en pro de la unidad de los países árabes, «comenzando por Egipto». También ha resultado significativo que la figura designada para presidir el gobierno en una etapa de transición y compromiso haya sido el Dr. Bachir Ahmed; es decir, alguien que desempeñó cargos en tiempos de la unión egipcio-siria.

Cuando se recuerda el modo brusco, inesperado y alborotado como la

mayor parte del pueblo sirio se separó de la R. A. U. en septiembre de 1961, pueden resultar paradójicas e incomprensibles las actuales tendencias crecientes a nueva vinculación de cooperación con el régimen de El Cairo. Sobre dichas paradojas se explicó oportunamente que en parte se debía a lo inclinado que siempre fué el carácter regional sirio hacia los impulsos pasionales arrebatados. Así, muchos de quienes se lanzaron a la segregación de 1961 fueron los mismos que al comenzar 1958 se habían unido voluntariamente a Egipto, después de su propia petición insistente a Nasser (aunque Nasser les proponía aguardar un plazo preparatorio de diez años). Ahora vuelven a girar hacia Egipto, otra vez y no menos apasionadamente. Aunque parte de los cambios actuales se deba a la presión de otros factores internacionales orientales, sobre todo el de Israel.

Apenas comenzado el año 1962 se supo que el Ejército de Israel instalaba sus principales acuartelamientos y concentraba sus mayores efectivos a lo largo de la línea del armisticio de la O. N. U., sobre todo en el sector sirio-israeliano, que tiene setenta millas de longitud. Simultáneamente se anunció que el Gobierno de Tel Aviv estaba decidido a iniciar (en exclusivo provecho israelí) el plan de aprovechamiento de todas las aguas del río Jordán. Esto ocasionaría la desolación y destrucción agrícola de todas las comarcas de Siria y Jordania enclavadas en la cuenca de dicho río. El proyecto sionista es además contrario al plan Johnston, elaborado por técnicos de los Estados Unidos y apoyado por los organismos mundiales, para establecer en el lago Tiberíades un depósito general de aguas de los ríos Jordán, Yarmuq, etc. Esas aguas se repartirían después proporcionalmente entre los países de la cuenca fluvial; bajo inspección de un organismo neutro que fuese norteamericano o internacional. En cambio, el plan que se atribuye a los gobernantes de Tel Aviv es el de quedarse con todo el agua de la cuenca, lo cual exige una previa conquista militar.

Esa fué la causa de que durante la primera semana de febrero acudiesen a El Cairo varios representantes militares sirios. En los locales de la Liga Árabe, y bajo presidencia común de su Secretario general, Abdeljalaq Hasuna, se celebraron varias reuniones a puerta cerrada, entre estos representantes y otros jefes militares egipcios. No fueron divulgadas las decisiones tomadas. Pero se supone que fueron referentes a coordinar los dispositivos de alerta en el sector sirio del alto Jordán y en sector egipcio-palestínés de la zona de Gaza.

Precisamente en aquella zona de Gaza, tomó el Gobierno de El Cairo varias decisiones trascendentales desde el 10 de marzo. Fueron una serie:

de disposiciones para conceder un estatuto de administración local a aquel trozo de la antigua Palestina árabe que hoy subsiste bajo protección egipcia. En virtud de las disposiciones del 10 de marzo, Gaza tendrá una Constitución especial que conferirá al territorio una autonomía peculiar. Así se quiere dar forma de realidad legal al proyecto de crear un Estado netamente arabo-palestínés, aunque sea en escala muy reducida. Gaza sólo tiene 202 kilómetros cuadrados, sobre los cuales se acumula una población de 325.000 habitantes árabes (entre musulmanes y cristianos). En realidad es sólo algo menor que la colonia británica de Aden, que tiene 279 kilómetros, y algo mayor que el europeo principado de Liechtenstein, con 159.

Según las nuevas leyes, los moradores de Gaza serán considerados como una entidad nacional, que represente el principio teórico de un Estado palestínés. A este Estado podrán quedar coordinados (incluso por la nacionalidad) todos los árabes palestineses que habitan en otros países. Dentro de la zona de Gaza se garantiza la igualdad de derechos y deberes, sin diferencias de origen ni de religión. Se prevé la formación de tres organismos constitucionales locales con funciones ejecutivas, legislativas y judiciales. El órgano principal será el Consejo Legislativo, que tendrá veintidós miembros, elegidos por la población local, y diez miembros designados por el gobernador militar egipcio.

El principio teórico de la existencia de un Estado árabe palestínés es algo en lo cual se muestran de acuerdo todos los Estados arábigo-orientales, calificados como de estructuras nacionalistas-populistas. Bajo diferentes formas y regímenes, dichos Estados son la República Árabe Unida, el Líbano, Iraq, y en cierto modo Siria. También expresan su conformidad con los planes de diferenciación palestinesa los partidos de oposición dentro de Jordania, y una gran mayoría de los habitantes jordánicos en las regiones de Jerusalén, Belén, Naplusa, etc. En cuanto a Arabia Saudita, admite asimismo el principio teórico palestínés, aunque no se esfuerza en sostenerlo. Pero el rey Husain y los gobernantes de Amman están en contra, porque temen que la reconstrucción palestinesa tendría como principal efecto el de romper y hacer desaparecer el reino de los Hachimitas.

Así se nota ahora que por una parte las cuestiones de Siria y Palestina forman un bloque aunque con diferentes facetas. Un nuevo ejemplo ha sido en lo internacional la resolución que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó por unanimidad el 9 de abril condenando a Israel por los ataques que en marzo realizó contra Siria a lo largo de la frontera de Galilea. Lo más curioso es que dicha resolución del Consejo había sido

propuesta conjuntamente por Inglaterra y Norteamérica, que hasta ahora se habían venido mostrando muy complacientes con el Estado sionista. En la prensa más moderada de París se comentó la proposición anglo-estado-unidense, diciendo que fué presentada «par crainte de la surenchère soviétique». Otras opiniones, procedentes de los círculos políticos de Beirut, han apuntado que los Gobiernos de Londres y Washington tienen interés en procurar un ensanchamiento de las bases de sus amistades en Oriente Medio, donde el sistema arábigo está en unos momentos de bruscos cambios en su evolución.

Solamente Egipto, es decir, la R. A. U., continúa firme en su sitio y sus posiciones, conservando el papel de cabecera desde muchos puntos de vista, como el social y el cultural. Mucho de esto se explica recordando que el principal nexo del mundo árabe moderno es la comunidad del mismo idioma, los mismos sistemas educativos, la literatura, el cine, la música, etc., de todo lo cual El Cairo no ha dejado de ser la capital.

Respecto al régimen de Nasser obra también la circunstancia de que las tendencias nacionalistas populares que se extienden en aquel Oriente proceden precisamente de la revolución egipcia del año 1952 (que en el próximo verano cumplirá su primera década). También robustece la fuerza política de la República Árabe Unida la incorporación de nuevos sectores arábigos en el lado africano.

Así, Somalia tiende a convertirse de prisa en un nuevo país intelectualmente arabizado, desde que la mayor parte de sus nuevos técnicos estudian en las universidades egipcias. Y sobre Argelia, las visitas que Ben Bella y los otros dirigentes del F. L. N. puestos en libertad hicieron a Nasser el 31 de marzo y a Kassem el 6 de abril han reforzado el papel de aquellos Estados árabes que se definen como populistas o populares.

En general se nota que, sin perder sus manifestaciones exteriores de neutralismo y adhesión al difuso «tercer mundo» afroasiático, los Estados árabes parecen manifestar un mayor realismo que les hace recordar su casi olvidado papel de Estados mediterráneos. Esto pudiera significar no sólo una mayor comprensión de los lazos geográficos de vecindad con Francia, Italia, España y Grecia, sino una intensificación de los enlaces con aquellos países del Africa negra que participan de un sentido atlántico u occidental.

RODOLFO GIL BENUMEYA.